

Diferenz

Revista internacional de estudios heideggerianos y sus derivas contemporáneas

AÑO 4, NÚMERO 3: JULIO DE 2017. ISSN 2386-4877

[pp. 225-229]

Recibido: 11/05/2017

Aceptado: 08/06/2017

RODRÍGUEZ VALLS, Francisco. (2017). Orígenes del hombre. La singularidad del ser humano. Biblioteca Nueva. 204 pp.

Mario López Pérez

Universidad de Sevilla

¿Somos una especie más junto al resto de seres vivos de la naturaleza? ¿Es cierto que no tenemos nada específico respecto al resto de especies y que, de poseer tal condición especial, esta no sería más que mero producto de la evolución de la vida misma por sus medios desde estados inferiores? ¿Cómo influirán en nuestra existencia la introspección de los nuevos medios biotecnológicos? En la obra de Francisco Rodríguez Valls *Orígenes del hombre. La singularidad del ser humano* el autor plantea frente a las hipótesis neodarwinistas y naturalistas -que sugieren la posibilidad de explicación de lo específicamente humano por su continuidad desde los escalafones inferiores de la biología- la defensa de lo excepcional y novedoso que supone lo humano. Examinando la cuestión del dónde y cuándo surge lo específico del hombre desde sus orígenes y sin perder de vista hacia donde nos pueden llevar las novedosas producciones técnicas, este libro busca respuestas y nos adentra en el misterio que nos plantea la conciencia del hombre abogando por la interdisciplinariedad como método, asienta bases en común entre la ciencia y la filosofía con la biología, la antropología o la psicología para ayudarnos a vislumbrar qué es lo que nos diferencia por esencia del resto de los seres vivos.

Desde que Charles Darwin publicara en 1859 su célebre obra *El origen de las especies*

-inspirado por sus observaciones a bordo del Beagle e influenciado por la emergencia del actualismo impulsado por Charles Lyell en geología y la lectura de la obra de Thomas Malthus en economía- y pusiera en marcha un sencillo mecanismo denominado *selección natural* por el que la naturaleza se rige -primando a las especies más adaptadas al medio como más aptas para sobrevivir y dejar descendencia- se ofreció explicación a la evolución de los organismos vivos. A través del mismo mecanismo evolutivo, el autor inglés pretende demostrar en su obra *El origen del hombre* cómo el hombre evoluciona desde un estadio inferior en la escala evolutiva, postulando así la total continuidad en todas las facetas de la existencia entre los primates superiores y el ser humano, resultando ser sus diferencias una cuestión meramente de grado, no de esencia. Ante el intento de reducir lo humano a un estadio animal promulgado por Darwin y continuado hoy por las teorías neodarwinistas que pretenden hacer de la teoría de la evolución una teoría del todo, Rodríguez Valls defiende que, si bien es cierto que en el hombre de hecho se da un parentesco genético y una conducta biológica compartida con los animales -que se encuentra evolutivamente dirigida hacia lo útil e inmediato que imponen las necesidades- también lo es que se aprecia en él un segundo nivel de conducta que deviene de la autoconciencia, que se superpone a la anterior y que tiene que conciliarse con ella. Las teorías neodarwinistas pueden explicar la evolución de lo vivo, no así su emergencia originaria, ni su superioridad respecto de lo inerte, ni la del hombre respecto al animal.

Así el primer homínido incluido por los estudiosos en el género *homo*, el *homo habilis* -datado en torno a 2 millones de años- da ya muestras de lo característico del género humano. Esto se aprecia tanto en lo morfológico, como es la posición bípeda, la tendencia hacia la cerebración creciente y unas mandíbulas refinadas, como también en lo peculiar de su comportamiento, como la construcción de herramientas y su uso *ex novo*, siendo capaz de predecir los fines a los que sus actos quieren llegar. Adapta a sí mismo el medio y muestra con ello una conducta cultural donde opera la conciencia. Esto, defiende el autor, hace partícipe de lo humano, no exclusivamente al *sapiens sapiens* -cuya emergencia en la Tierra data de apenas 200.000 años- sino que lo específicamente humano está ya presente en la primera de las especies *homo*, el *habilis* hasta el mismo *sapiens*, pasando por el *homo ergaster*, al que se le atribuye el uso del fuego por vez primera.

Una característica fundamental exclusiva del género *homo* y excluyente respecto a la conducta del animal -y con ello a las teorías que defienden la continuidad entre la conducta animal y la humana- es que mientras el animal se halla perfectamente adaptado a su medio a través de sus impulsos naturales e instintos, el hombre requiere- y está presente como hemos visto desde el *homo habilis* hasta sus sucesores- ante su falta de medios defensivos fisiológicos de la construcción de medios externos. Esto supone la

emergencia del entorno cultural donde el hombre se realiza restando funciones al instinto y potenciando la educación como factor evolutivo y que le permite tanto moverse en ambientes cambiantes como trascender lo inmediato en un ejercicio de abstracción. En este sentido, Rodríguez Valls distingue dentro de la misma cultura al menos tres elementos básicos. De un lado se encontraría la técnica, que es la capacidad exclusivamente humana de apresar y moldear la naturaleza, capaz de crear por ella nuevas realidades y es condición *sine qua non* para la existencia del hombre. El ser humano es técnico por definición. Por otro lado se halla la ética como la capacidad que desarrolla el hombre para superar el mero satisfacer de las necesidades de primer orden- ocupación ésta que comparte con el animal- aspirando así a estar cumplido articulando adecuadamente la estructura de la subjetividad individual. Es esta una ocupación plenamente humana de creación de normas y pautas por la que el individuo se determina dentro del sistema cultural. Por último destaca el lenguaje como el sistema simbólico que capacita al hombre para expresar tantos conocimientos y fantasías como la abstracción permita. Señala el autor que a tenor de estas características específicas culturales del hombre cabe hablar de una suerte de naturaleza humana basada en la necesidad de normas, técnica y lenguaje posibilitados por su conciencia.

Lo específicamente humano deja también su sello en el ámbito de la afectividad, pues aunque es esta compartida con los animales, en el hombre adquieren una nueva dimensión dando lugar a las emociones. Pese a los argumentos de Darwin en su obra *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* por sostener la continuidad entre animal y hombre, también valora el autor inglés que es posible demostrar la unidad del género humano en base a su peculiar estructura emocional -no siendo de este modo reductible todo a cultura como pretende el constructivismo-. Si bien es verdad que comparten animal y hombre el ser afectivo, en el hombre están mediadas por la cultura que enseña hacia que dirigirlas (como, por ejemplo, en el caso del miedo, hacia qué dirigir ese miedo). Además del cumplimiento del ciclo vital impuesto por la dimensión biológica- conducta que para el animal es suficiente y última para realizarse- el hombre está abocado a plantearse su propia existencia en base a la libertad como condición de posibilidad irrenunciable. Debe el hombre erigir un proyecto-de acuerdo con sus circunstancias- para realizar su propia vida lo que provoca en él un sentimiento que ya Kierkegaard enfatizó como propiamente humano, este es, la angustia. Se encuentran también pruebas de cómo la emoción se halla modificada por su característica capacidad intelectual en el hombre, es el caso de la risa que es exclusiva de él. Define Rodríguez Valls que es en el terreno de la afectividad donde se integran de forma congruente las dos dimensiones que conviven en el hombre, la dimensión mental y la dimensión material. La reacción del cuerpo ante el medio abre

la posibilidad de educación por medio de la conciencia de las emociones, permitiendo su gestión para adecuarlas a los propósitos del sujeto.

Muestra el libro que tanto la distinción de lo humano respecto al animal por sus medios culturales plasmados en las características técnicas, éticas y de lenguaje que le confieren una naturaleza, como también la especificación del cómo gestiona las emociones, vienen posibilitadas por el intelecto o conciencia. Es aquí donde reside la primordial diferencia de esencia del hombre respecto a cualquier otro ser vivo. Parte el autor por asumir que las tesis naturalistas y neodarwistas no albergan procedimientos válidos para explicar la emergencia de la conciencia autoconsciente del hombre, pues la reducen por el contrario a un fenómeno biológico más entre tantos, explicable por los mecanismos de la evolución, respondiendo a leyes físico-químicas, leyes exteriores de razón causa y efecto que anulan la posibilidad de interioridad. Pero hay fenómenos que el naturalismo por su propia naturaleza no puede explicar. La conciencia no se atiene a esquemas, ni leyes nomológicas, sino que es antes que todo nomogógica, creadora de leyes, máxima muestra de la libertad. En esta línea, tanto para el paleontólogo Pierre Teilhard de Chardin como para el filósofo Juan Arana la conciencia no es mero producto de la continuación del desarrollo biológico natural sino por el contrario una suerte de facultad específica del hombre, y que no objetivable. Ámbito único el de lo objetivable el de las ciencias naturalistas por cierto. Por todo ello la conciencia opta a ser comprendida por otros medios. Este libro defiende como necesarias otras instancias del conocimiento distintas a la explicación naturalista que ayuden a comprender -que no a explicar- la conciencia humana, como hacen la hermenéutica y la fenomenología.

De este modo nos encontramos con que la conciencia no puede ser objetivada por la ciencia ni tampoco explicada por la *biological fitness*, esto es, por los mecanismos de la eficacia biológica a los que se remiten las tesis naturalistas, en base al ajuste al medio para mejorar las opciones de supervivencia del individuo y la especie. La conciencia escapa a estos parámetros, hace trascender las estructuras biológicas y es capaz de actos denominados por el autor como *transbiológicos* -que van más allá de la mera supervivencia y fines biológicos- (p.133) pudiendo incluso ir en contra de la premisa mayor que la *biological fitness* sugiere -como son en el caso del suicidio o el de sacrificar la vida por otro. Dentro de estos destaca Rodríguez Valls el ansia de verdad que posee el hombre, que no está dirigido únicamente a lo útil, trascendiéndolo. La capacidad de vivir en la ficción- pues la conciencia no solo plantea soluciones a problemas dados, sino que plantea problemas no dados de hecho y adelanta soluciones para ellos- le permite adelantarse a los acontecimientos. Su capacidad para trascender las satisfacción inmediata de las necesidades en pos de lo que considera bueno, así como la capacidad de

modificar el mundo en base a lo bello y lo bueno, conforme a ideales estéticos y éticos, muestran que la voluntad libre humana va más allá del utilitarismo propio de los fines biológicos. Y por último señala la búsqueda del bien y la objetividad de los valores en la articulación de la subjetividad dentro de un sistema social al que puede contravenir incluso y de entre los cuales debe elegir de acuerdo con la pluralidad de fines que se plantean al hombre, valiéndose de la libertad. Esto invita a establecer en el hombre su capacidad de autodesignación como señala este libro (p.182).

Temas de incipiente interés hoy son las posibilidades de introspección de los medios técnicos en humanos que hace factible tanto la fusión del hombre con la máquina (Cyborgs) como la trascendencia por medios técnicos de la especie humana (transhumano) abriendo el debate actual sobre la moralidad en estos usos. Acerca de la cuestión Rodríguez Valls opta por la prudencia y llama al uso sensato de tales posibilidades de acuerdo con las exigencias éticas -o bioéticas hoy- para no dañar al hombre, evitando que los cánones sociales acaben por convertirlo en una mercancía más. Pero los medios técnicos no solo se implantan en el hombre, también en su medio. Hoy vivimos en lo que el autor denomina una "*aldea global de comunicación*" (p.188) un mundo donde todos tenemos acceso directo a la cultura en cualquier momento. Pero esto conlleva así mismo la responsabilidad de su uso por todos los usuarios, cuidando la privacidad de la información individual respecto al dominio público. Para ello sería deseable una educación específica para los novedosos usos tecnológicos como una ética de máximos (p. 189), que tenga en la conciencia individual la encargada de realizarse existencialmente.

A modo de conclusión, cierra la obra bajo el epílogo: "*¿Qué quiere decirse con la expresión "dignidad" humana?*" donde el autor reafirma su posición: reconocer la peculiaridad humana respecto al resto de seres es un bien. No es un animal más ni tampoco su conciencia es un hecho evolutivo azaroso. Reivindica que el hombre es el único ser capaz de trascender el orden biológico, capaz de reconocer la objetividad de lo real que se le presenta y de autodesignarse libremente por su voluntad según los valores. Todo ello le concede a todo hombre, por el mero hecho de serlo, una dignidad por encima de la del resto de seres vivos. Una dignidad patrimonio de la humanidad, pues se debe a su condición ontológica. Esencia unitaria entre todos nosotros.